

Tema

3

EVANGELIZACIÓN:

Comunidad Misionera para la
Humanidad

**Evangelización:
Comunidad Misionera para la Humanidad¹**

Mons. Erwin Kräutler
Obispo de Xingu, PA (Brasil)
domerwin@mac.com

La humanidad pregunta a la comunidad misionera que “ha recibido la misión de anunciar al Reino de Cristo y de Dios” (LG 6): “¿Qué significa el anuncio de este Reino para los grandes problemas que amenazan la humanidad? ¿Cuál es la contribución (relevancia) de la comunidad misionera para la solución de esos problemas? Y nosotros, miembros de la comunidad misionera, nos preguntamos: “¿Cuáles son estos problemas y cuál es la solución que podemos ofrecer al mundo, a la humanidad y, sobretodo, a los pobres? ¿Tienen solución dichos problemas? ¿Qué significa “llevar el anuncio de la persona de Jesús, de su Evangelio, como luz de Dios y paradigma de la humanidad (...) por medio de las acciones salvadoras de la Iglesia”, tal como el *Instrumento de Trabajo* (IdT 18) de ese Congreso afirma? ¿Cómo transformar nuestra propuesta en un lenguaje secular, para que el siglo XXI la entienda como suya, mordente, enraizada en sus contextos y, al mismo tiempo, abierta al Trascendente, de donde “se ha manifestado la bondad de nuestro Salvador y Su amor a los hombres” (Ti 3,4; DdT 19)?

Hacia finales del segundo siglo, un pagano ilustre conocido con el nombre de Diogneto preguntó a la comunidad cristiana: ¿quién es ese Dios y cuál es su Buena Noticia, en la cual los cristianos depositan su confianza? ¿Cuál es la propuesta de vosotros, cristianos, discípulos-misioneros, para un mundo que no tiene más propuestas que valen para todos? ¿Cuál es su proyecto? ¿Cuál es su secreto? Y el autor desconocido de esa Carta catequética a Diogneto respondió: los cristianos

no habitan ciudades a parte, no se sirven de idioma diverso de los otros (...). Viven en la propia patria, mas como peregrinos. Como ciudadanos de todo participan, pero todo soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es patria para ellos, y toda patria, tierra extraña. (...) los cristianos residen en el mundo, mas no son del mundo. (...) Son ellos que seguran el cosmos (*La Carta la Diogneto*, n. 1-7).

¿Qué quiere decir “asegurar el cosmos”? Ciertamente significa “celar” por la vida en el mundo. Todos aquellos que tengan su vida en amenaza, deberían cargar en las espaldas el “luchar” por la justicia de la resurrección y “confiar” en aquel Dios que se encarnó en este mundo, para que tenga “vida en abundancia” (Jn 10,10).

El tema que me fue confiado, es sobre la misión universal de la Iglesia. Cuando hoy en la Iglesia hablamos de “misión”, distinguimos – en vista de los destinatarios y de los agentes – siete u ocho dimensiones diferentes. Misión puede significar:

1. “Testimonio en el mundo”
2. “Pastoral misionera”
3. “Nueva evangelización”

¹ El telón de esta ponencia, que fue presentada en el 3º Congreso Misionero Americano (CAM 3–Comla 8), ocurrido de 12 a 17 de agosto 2008, en Quito (Ecuador), está, sobretodo, en los Documentos del Vaticano II (en la Constitución Pastoral “La Iglesia en el mundo de hoy” – *Gaudium et spes* – y en el Decreto sobre “La Actividad Misionera de la Iglesia” – *Ad gentes*), en el Documento de Aparecida (DA 406), en el Instrumento de Trabajo de ese Congreso (IdT 18-21) y en las Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil (DGAE-2008-2010, n. 207-209).

4. “Evangelización”
5. “Ecumenismo”
6. “Diálogo interreligioso”
7. “Misión *ad gentes*”
8. “Misión *inter. gentes*” y
9. “Misión allá-fronteras”

Todas estas actividades misioneras, en su conjunto, configuran **“la misión de la Iglesia en el mundo”**. Son piedritas que constituyen el mosaico de la misión universal de la Iglesia. “La comunidad misionera para la humanidad”, la “misión *ad humanitatem*” es dirigida a todos los credos, inclusive al propio, porque “la Evangelización se dirige también a la propia Iglesia”, siguiendo el “Instrumento de Trabajo” (n. 20). Nuestra misión se dirige a todas las culturas, naciones y clases sociales.

Podríamos preguntar: ¿ese tema no es por demás amplio? ¿Esa amplitud no nos hace olvidar nuestros problemas específicos? ¿Dónde está nuestra identidad católica, donde la opción por los pobres, la defensa de los pueblos indígenas, donde la Iglesia local con sus Comunidades Eclesiales de Base, donde los ministerios, los laicos y el diálogo ecuménico y interreligioso? Ciertamente todas esas partes y sus ejes transversales (cf. IdT 1 y 13) serán trabajados en los grupos y en otras exposiciones de este congreso.

En este momento me parece que debo mostrar que los rompecabezas eclesiales tienen su relevancia o, como el Papa ha dicho en su Encíclica “Sobre la esperanza cristiana” (*Spe salvi*), su “más-valía del cielo” (SpS 35), para toda la humanidad. Esa “más-valía” envuelve la gracia de Dios, como don, y nuestra acción como deber y respuesta. Las “Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil”, de 2008, advierten que la sensibilidad del discípulo misionero para las cuestiones específicas de la realidad particular de nuestras Iglesias

“no lo exime de volver su atención para las grandes cuestiones que dicen respecto a toda la humanidad. En un mundo globalizado, en el cual las acciones y sus consecuencias ultrapasen fronteras, es imposible cerrar los ojos ante aspectos que implican (...) en especial los marcados por la pobreza, por la exclusión, por la violencia y por la persecución (DGAE 207).

El amor a Dios y al prójimo es inseparable. A lo que me parece, mi tarea es de tejer aquel hilo que da cuenta de un mundo humano y de una responsabilidad misionera en expansión, como el propio cosmos.² Voy a presentar tres dimensiones de ese largo camino de nuestra responsabilidad misionera entre el contexto local y los confines del mundo:

² En el día 16 de junio 2008 fue divulgada la noticia de la descubierta por el telescopio “La Silla”, instalado en Chile, de tres ‘super` planetas’ que miden 4,2, 6,7 y 9,4 veces el tamaño de la Tierra.

1. La relevancia de la comunidad misionera para la humanidad brota de la “naturaleza misionera de la Iglesia”.
2. Piedras preciosas y piedras de tropiezo en el caminar de la comunidad misionera al encuentro de la humanidad.
3. Nuestro compromiso con la humanidad.

1. NUESTRA RESPONSABILIDAD:

El argumento de la “naturaleza misionera” surge internamente en la Iglesia, que afirma la necesidad y continuidad permanente del paradigma misionero. Después de Aparecida, la Iglesia convoca nuevamente a los bautizados para que asuman su discipulado en régimen de urgencia (DA 289, 368, 518). Esa movilización misionera no debe ser considerada como algo extraordinario, tampoco como prerrogativa de una u otra Iglesia local o de sectores pastorales o movimientos específicos. El Vaticano II declara que la naturaleza misionera hace parte de la normalidad y de la razón de ser eclesial: “La Iglesia peregrina es, por su naturaleza, misionera. Pues ella se origina de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios-Padre” (AG 2).

Desde el Concilio, el magisterio Latino-americano ha retomado esa afirmación fundamental en varias ocasiones (cf. SD 12, DA 347). Aparecida, en la “Tercera Parte” de su texto conclusivo, dedicado a la acción pastoral, diseña una Iglesia que vive “en estado de misión” (DA 213). También las “Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil 2008-2010” colocarán en su parte central el sueño del discipulado misionero “en una Iglesia en estado permanente de misión” (DGAE 47-101). Los textos insisten en devolver a la Iglesia la cotidianidad misionera en todas sus instancias. También el discurso teológico debe estar marcado por la naturaleza misionera de la Iglesia, y representar no una disciplina entre otras, sino una teología de la misión que atraviesa todas las materias teológicas. *La Teología de la Misión* es, al mismo tiempo, teología fundamental y pastoral, discurso nuclear de radiación, discurso ‘performativo’ y no solamente ‘informativo’” (SpS 4), o sea, un discurso que podrá transformar nuestra vida y la de los otros.

¿De qué se trata en esa “naturaleza misionera”? La comprensión del término “naturaleza” tiene una larga historia, de la cual captamos lo esencial, para responder a la pregunta. Desde la fe, los cristianos comprenden el mundo como creación divina que atraviesa un orden natural marcado por racionalidad y sentido. Mas la fe nos advierte también que mundo, naturaleza y humanidad están envueltos en una “ruptura” o “escisión” de la racionalidad original; son marcados por el pecado que no permite más, sin los esclarecimientos de la Revelación, considerar lo natural (“la naturaleza”) simplemente como bueno, racional y ético.

La “naturaleza misionera” tiene sus fundamentos en el orden de la creación y de la redención; está unida a la creación, porque se trata en la “naturaleza misionera” de una “naturaleza” que coincide con la “esencia” y el “ser” de la naturaleza creada, de la cual la humanidad hace parte; está relacionada a la redención, que los cristianos interpretan como recreación, porque se basa, de acuerdo a la revelación, en la naturaleza redimida por el nuevo orden del Resucitado que envía sus discípulos como misioneros a los “confines del mundo”. La naturaleza misionera, a veces también llamada “esencia misionera”, es vivida por personas redimidas por la gracia, que sin embargo, continúan pecadoras.

La “naturaleza misionera” de la Iglesia no es una “cuestión disputada” o negociable. En sus desdoblamientos, en su mediación y práctica histórica, pero ella está sujeta a discernimientos, discusiones y negociaciones. Como es fácilmente verificable, podemos comparar por ejemplo, los llamados Coloquios de 1524, en los cuales los doce franciscanos exponen a los líderes religiosos indígenas sobrevivientes de la conquista del México, la nueva orden cristiana, con el Documento de Puebla (1979) o los escritos de un José de Anchieta con el diario de un Vicente Cañas, martirizado, en 1987, como defensor del pueblo Enawene-Nawe, en el río Juruela, en el Estado de Mato Grosso (Brasil).

La “naturaleza misionera” es “esencia” en sentido metafórico, porque es “principio” y como tal, hace antológicamente, parte de los orígenes pero pertenece al tiempo de la Iglesia, y es históricamente vivida. Por ser de los orígenes y por no excluir a nadie, se dirige, como responsabilidad universal, a todos con el proyecto de Jesús, el Reino de Dios.

Las múltiples afirmaciones de la “naturaleza misionera” de la Iglesia en documentos recientes no permiten la conclusión de que esa naturaleza ha sido olvidada. Ha sido, en varias épocas y regiones del mundo, oscurecida por la proximidad de la Iglesia al poder. El poder, sea expresión de regímenes coloniales, imperiales, dictatoriales o aun democráticos, ha procurado siempre transformar la misión en ideología y neutralizar la presencia de la Iglesia junto a los pobres, cuya existencia denuncia la violación de sus derechos y culturas por los respectivos regímenes.

De acuerdo a la fe cristiana, origen y naturaleza misionera nos han sido reveladas por Jesucristo. La misión tiene su *origen* en la misión del Dios trinitario (“misión de Dios”) y su *finalidad* en la salvación de la humanidad: “Para que tengan la vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Y esa misión se prolonga por el envío de los discípulos por Jesús resucitado en el Espíritu Santo: “Como tú (Padre) me enviaste al mundo, también yo los envíe al mundo” (Jn 17,18).

La identidad entre Jesús histórico y Jesús resucitado es marcada por sus llagas en las manos y en su lado abierto por la lanza. El Resucitado les “mostró las manos y el lado, y los discípulos exultaron por haber visto al Señor” (Jn 20,20). Jesús de Nazaret, el “Enviado del Padre” (Jn 20,21), “asumió toda la naturaleza humana” (AG 3). La naturaleza misionera de la Iglesia encuentra su identidad en ese origen del envío de Dios y de la ascensión de la naturaleza humana. La identidad de Jesús pre y pos-pascual apunta para la identidad de la misión de los discípulos y para la naturaleza misionera de la Iglesia que, según San Pablo, tiene como núcleo kerigmático el escándalo y la locura de “Cristo crucificado” (1Cor 1,23). Pobres señales marcan el caminar de la comunidad misionera: el vacío, la abertura, la partición, la ruptura, el camino, la cruz y la hostia sagrada. El presepio y el sepulcro están vacíos; la puerta del cenáculo está abierta, la genealogía de Jesús, interrumpida por el Espíritu Santo. La Iglesia es sierva, peregrina, huésped, instrumento, señal.

2. NUESTRO ENCUENTRO

La Iglesia peregrina y misionera fue fundada en la fiesta de Pentecostés, fiesta del don de la Ley en el Sinai para los judíos, y, para los cristianos, fiesta del don del

Mandamiento Nuevo, por tanto, de una ética y práctica nueva. En esta fiesta los discípulos y las discípulas han sido enviados y enviadas en misión en la unidad del Espíritu Santo.

A partir de Pentecostés, la comunidad eclesial aprendió que su tarea es formar, convocar y enviar a siervos del Reino y testigos de la resurrección. Mas los discípulos estaban aún muy presos a Jerusalén, al Templo, a la tradición heredada de los judíos, a sus familiares. Entonces sucedió algo inesperado: la destrucción de Jerusalén por los Romanos, en el año 70. Pentecostés, destrucción y expulsión de Jerusalén marcan el inicio de la misión universal de la Iglesia, que desde aquel tiempo no tiene más patria, ni cultura propias.

En el Espíritu Santo, la comunidad misionera es enviada para articular universalmente los pueblos y las culturas en una gran "red" (cf. Jn 21,11) de solidaridad, diversidad y unidad. Del envío nacen comunidades Petrinas que procuran contextualizar la utopía del primer día de la Nueva Creación. De las comunidades nace el envío. La misión es el corazón de la Iglesia. Y ese corazón tiene dos movimientos, envío y convocatoria; envío a la periferia del mundo, y convocatoria a partir de dicha periferia, para la liberación del centro. Bajo la seña del Reino, propone un mundo sin periferia y sin centro.

¿Pero quién es ese destinatario de la comunidad misionera? ¿Quién es ese "mundo", quién esa "humanidad", hoy, en el año 2008? ¿Cuáles son sus problemas y cuál es nuestra buena noticia, por la cual vale la pena dejar padre y madre, casa y patria, y que podamos ofrecer, tal vez no siempre como "la solución", más como una mirada nueva que da sentido a lo que encontramos, creamos y vivimos? ¿Cómo ser feliz en medio de un mundo sufrido? O, como nuestro cantante Gonzaguinha decía:

¡Vivir!
y no tener la vergüenza
de ser feliz (...).
¡Ah Dios mío!
yo sé, yo sé,
que la vida debería ser
mejor y será.
Pero eso no impide
que yo repita,
es bonita, es bonita...

Nuestro optimismo misionero no huye de la realidad, del sufrimiento y de los pobres, víctimas de las cinco grandes crisis de nuestro planeta Tierra, que son:

1. la crisis del modelo económico,
2. la crisis social,
3. la crisis ecológica,
4. la crisis cultural y
5. la crisis democrática.

Los problemas centrales de la humanidad que emergen de dichas crisis múltiples y conectadas, en este inicio del siglo XXI, son las siguientes:

a) La **polarización económica** de la sociedad mundial, en una concurrencia feroz, donde no noga aquel que es más humano, sino aquel que produce más barato. Crecimiento y expansión se tornarán en dos palabras mágicas, apoyadas por tecnologías cada vez más sofisticadas a servicio de la sustitución de trabajadores.

b) Quien produce más barato es aquel que se sujeta a condiciones de un **trabajo** penoso, que la máquina y los computadores todavía no consiguen resolver. Al trabajo penoso y de corta duración acompaña un salario indigno, sin garantía de derechos sociales, de educación de los hijos o aposentaduría. Los destinatarios privilegiados del *kerigma* misionero son los pobres, los mal empleados y los desempleados, los emigrantes, los que mueren antes del tiempo porque no tienen un servicio sanitario que los ampare.

c) La exploración irracional atañe no solo a nuestro hermano operario, indígena o emigrante, sino también a nuestra hermana **naturaleza**. La responsabilidad de esa dilapidación de la naturaleza, de la devastación de nuestras florestas y de la biodiversidad “coloca en peligro la vida de millones de personas”, en especial la de los “campesinos e indígenas, que son expulsados hacia las tierras improductivas y para las grandes ciudades, para vivir amontonados en los cinturones de miseria” (DA 473).

d) La **crisis cultural** se manifiesta, por un lado, como crisis de sentido y, por otro, como **fundamentalismo** con sus ramificaciones en las grandes religiones y en las ideologías filosóficas y políticas. La disolución del sentido de la historia humana en una mera historia natural, y la afirmación del sentido único como **negación del reconocimiento** del otro y del pensamiento diferente, que recibe apenas un estatuto de hecho, mas no de palabra, o viceversa, representan un potencial permanente de guerra y violencia.

e) Después de que se hicieran guerras para la implantación de la democracia, hoy esa **democracia liberal** se encuentra en una profunda crisis estructural por la confusión de los poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) y por la ética. La democracia liberal no permite la participación satisfactoria del pueblo, sobretudo de los pobres y de los excluidos. Los que tienen el poder económico consiguieron reducir el Estado a un Estado mínimo, que no interfiere en sus intereses y que favorece a las élites, no consigue controlar la acumulación del capital en las manos de pocos, ni la corrupción, ni los medios de comunicación que divulgan la ideología del “costo-beneficio” como si fuera el primer mandamiento de un código éticamente correcto.

f) La **justicia** de nuestros países se convirtió en una justicia formal, morosa y carísima que actúa muchas veces lejos de los lugares donde acontecen las injusticias, y no permite a los pobres, que desconocen los trámites legales y no consiguen pagar abogados competentes, alcanzar su derecho básico.

Frente a esta montaña de problemas, cada sociedad, Estado y gobierno precisa resolver o equilibrar cinco tareas:

1. Crear o sustentar un cierto **bienestar económico** (material) de todos sus ciudadanos. Las deudas de la humanidad crecieron (inclusive del Banco Mundial y del FMI) hasta el punto de tener certeza de que no existe la posibilidad de cumplir esa exigencia con el prefijo de capitalismo neoliberal.

2. Promover la cohesión y **solidaridad social** interna, que es atropellada por la concurrencia del mercado globalizado que vive de la exclusión y no de la integración de

los ciudadanos. Exclusión, redistribución, integración social por el trabajo y participación del lucro se tornarán, como derechos humanos, en nuevos problemas para el poder judicial, sin preparación para tal tarea.

3. Garantizar el **reconocimiento cultural** (étnico, religión, género) del otro en un pacto de tolerancia, que tiene su base no solo en los hechos, mas en los derechos (derechos humanos, dignidad humana).

4. Celar por la libertad y participación política de todos en un **sistema democrático**, cuyo funcionamiento no depende del tráfico de influencia del grande capital.

5. Finalmente, es preciso instalar un **sistema jurídico** que garantice la aplicación de la ley para todos e inhiba la corrupción en todas las instancias, inclusive en el propio aparejo de la justicia. No es fácil incorporar el llamado clientelismo, una herencia del sistema patriarcal, en la base de los clanes familiares (¡véase el problema de la corrupción, también en África!) a las reglas de un Estado moderno.

Admitimos, con realismo, que el equilibrio entre esas tareas es difícil. Por ejemplo, el equilibrio entre el bienestar económico, la solidaridad social y un sistema verdaderamente democrático. No existe ningún gobierno en el mundo que, por un tiempo prolongado, haya conseguido ese equilibrio. Existen algunos modelos políticos que consiguen enfatizar apenas uno de estos aspectos y que, periódicamente, entran en crisis:

– **El modelo anglosajón**, que incorporó la ideología neoliberal y favorece la expansión y el bienestar económico para un grupo considerable de sus ciudadanos, ha reducido la solidaridad institucional para pobres.

– **El modelo socialista**, que enfatiza la igualdad y el bienestar social de los ciudadanos, en detrimento de una economía próspera y de las libertades políticas.

– **El modelo asiático** (los llamados tigres asiáticos, Singapur), que consigue prosperidad económica y social por el precio de encogimiento democrático y “dirigismo” político;

– **El modelo indígena y campesino** talvez sea el modelo que mejor consiga equilibrar la cuestión del territorio (colectivo y familiar), que es tierra para vivir y no para tirar grandes lucros, y del poder político como servicio a la comunidad. Se puede aprender mucho de las sociedades indígenas, pero no es posible copiarlas. Nuestras sociedades nacionales y transnacionales son mucho más complejas por la industrialización y por la gran multitud de personas que en ellas procuran vivir.

Por un momento, en el inicio de la segunda mitad del siglo pasado, parecía ser posible domar el capitalismo en el interior de un sistema democrático y social en los países centrales. Pero este equilibrio era pagado por el precio de la tercerización de la miseria de esos países a la periferia del mundo industrializado. Surgió un muro entre el Primer y Tercer Mundo. Constatado el fracaso de ese equilibrio y descubierta esa artimaña de los países centrales que viven a costa de los países periféricos, se instalaron movimientos, sobretudo en el entonces llamado Tercer Mundo, que procuraban equilibrar los tres polos, dando más énfasis a la solidaridad social, en detrimento de la libertad política. En su conjunto fracasaron igualmente.

Ahora, en el mundo globalizado, sin fronteras geográficas ni políticas, la miseria no tiene adónde más ir. Todos los países reproducen el Primer y el Tercer Mundo en el interior de sus propias fronteras. Eso nos posibilita y obliga también a fortalecer la solidaridad, y a la búsqueda común de alternativas. Nuestro propio 3º Congreso

Americano Misionero (CAM 3–Comla 8) es expresión de esta voluntad de colaborar más en el eje Norte-Sur, de expandir la esperanza y de afirmar que existen alternativas. Los problemas levantados no son naturales. Fueron criados por la propia humanidad, lo que nos da la esperanza de que la propia humanidad puede conseguir su solución.

Acreditamos que otro mundo es posible, porque el choque entre crecimiento económico, seguridad social y democracia política no funciona, ni ofrece una perspectiva universal. El equilibrio entre acumulación capitalista (crecimiento), integración social y legitimación democrática, pasado por el cedazo del cálculo de costo-beneficio y de inversión-lucro, no puede funcionar. Y no debemos entrar en el juego de alternativas perversas: democracia con hambre y miseria, o bienestar material sin participación, sin libertad política y sin horizonte de sentido, o prosperidad económica del país con dictadura y hambre (el país va bien; el pueblo, mal), o prosperidad política y económica para las élites y miseria para el pueblo.

Actualmente, pocos gobernantes tienen la audacia de prometer en los discursos políticos la integridad de estructuras sociales y las promesas de la democracia moderna delante de la mercantilización de la sociedad mundial. Esa sociedad-mercadería arrasa los recursos naturales para producir siempre nuevos productos innecesarios, y devora por la concurrencia estructural los recursos morales de la democracia que se debería alimentar de la solidaridad colectiva.

La visión de una sociedad transnacional de ciudadanos que no se subyuga a los imperativos del mercado de las siempre nuevas mercaderías y de la concurrencia eliminadora, que forja una democracia participativa, para regenerar la solidaridad en escala mundial, representa el desafío de la época. La única arma para curar las heridas de la Modernidad es la propia modernidad. Precisamos del veneno para destilar la vacuna contra el veneno. Contra las faltas graves de nuestras democracias del sistema jurídico, de la economía desareglada, del no-reconocimiento del otro, no existen recetas mágicas. No pueden ser corregidas por la pre ni por la pos-modernidad.

¿Nosotros, discípulos-misioneros: qué podemos hacer? ¿Qué podemos proponer? Frente a la gravedad de esos problemas, todos somos aprendices. No tenemos una receta inmediata u otro mundo que podríamos escoger para nuestra misión, a no ser éste, que podemos recorrer siempre con nuevas actitudes, con la luz del Evangelio y la razón de nuestra esperanza.

3. NUESTRO COMPROMISO

Las víctimas de las lógicas de expropiación y exclusión no nos solicitan soluciones técnicas, sino participación en la gestación de la propia acción misionera de la Iglesia, que podría tornarse un ensayo para transformaciones más amplias; nos piden señales de justicia y razones de esperanza. Nuestra tarea de discípulos-misioneros es la del profeta peregrino, que denuncia y anuncia, que vive otros valores (partición, solidaridad, gratitud) y busca apuntar para el otro mundo posible, que para nosotros tiene su matriz en el Reino de Dios. Nuestros sueños, nuestra visión del mundo y nuestra esperanza tienen un impacto sobre el mundo universal, porque a través de eso – sueño, visión, esperanza – somos capaces, como leemos en la Carta a Diogneto, de “aferrar el cosmos”. Para fortalecer a nuestros hombros para tal tarea, precisamos cuidar de nuestra identidad. Son cuatro pilares que nos pueden ayudar a aferrar el cosmos de nuestra naturaleza misionera. Vivamos esa naturaleza universalmente contextualizados, en la unidad plural del Espíritu Santo, en la gratuidad y en la esperanza *de los y con los* pobres.

3.1. Universalmente contextualizados

¿Cómo se sitúa en ese mundo, entre aislamiento y *aggiornamento*, entre despojamiento y enriquecimiento? ¿Cómo traducir los artículos de fe, las señales de justicia, las imágenes de esperanza y las prácticas de solidaridad para los interlocutores del mundo moderno? El contexto de la misión tiene su fundamento teológico en la proximidad de Dios a lo largo de toda la historia de salvación y en el seguimiento de Jesús, que en virtud de la encarnación se aproximó de la humanidad (cf. GS 22). El Dios de la historia de la salvación judío-cristiana es un Dios próximo a su pueblo. En el decir de San Irineo, Dios está próximo a cada persona humana a través de sus dos manos extendidas, que son el Hijo y el Espíritu Santo.³ La mediación histórica y contextual del proyecto de Dios hace de la historia y del contexto un sacramento de su presencia. La misión insertada en el corazón de la historia y cultura de cada pueblo “es un imperativo del seguimiento de Jesús y es necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo” (SD 13b). La analogía entre la encarnación de Jesús de Nazaret y la proximidad contextual hizo a la reflexión misionológica debatir el paradigma de la enculturación. Con la enculturación, la Iglesia se torna “un señal más transparente” y “un instrumento más apto” (RM 52) para anunciar el Evangelio, no como una alternativa a las culturas, mas como su realización profunda. Vivamos la enculturación universalmente contextualizados.

Existen dos dimensiones opuestas de la universalidad: la universalidad de la opresión y la universalidad de la liberación. A la universalidad como hegemonía, por la cual un poder político, económico o cultural se sobrepone sobre los otros, se opone la universalidad de las causas de los pobres y de los otros que intentan liberarse de esa hegemonía. La alianza de los otros con los pobres es anti-hegemónica. La universalidad como hegemonía produce la exclusión de grandes parcelas de la humanidad del progreso y del bienestar social. La universalidad de las causas y alianzas da paso a la participación de todos en la gestación de los haberes de la humanidad.

Por su universalidad, todas las causas del Reino representan los desafíos de una comunicación intercultural con los diferentes: con sabidurías populares y laicas, con experiencias religiosas, con temporalidades diferentes (tiempos lineales y circulares), con geografías diferentes (proyectos locales, regionales, internacionales), con jerarquías diferentes (ancestrales, patriarcales, comunitarias, funcionales, democráticas), con visiones y valores diferentes con respecto a la productividad económica. Solo con un adiós a una visión teológica monocultural, regional y descontextualizada, consigue darse cuenta de esa complejidad de la naturaleza misionera.

Es importante con la universalidad (no-exclusión, participación de todos, confines del mundo) no olvidar las diferencias de los contextos. No existe algo más contextualizado y más universal que el sufrimiento de los pobres. En el equilibrio articulado entre el universal y el contextual está la posibilidad de una comunicación en favor de las múltiples causas incluidas en la causa del Reino. La solidaridad, que es universal, debe ser construida a partir del río y de la calle del propio pueblo. El proyecto hegemónico, que impone valores, objetivos y horizontes regionales, es el enemigo de la universalidad contextual. La universalidad contextual de los pobres presupone el largo camino de la construcción de un proyecto común. Sin ese proyecto, mediado por valores universalmente concordados como justicia, solidaridad, igualdad, libertad, participación y tolerancia, también los proyectos históricos de cada grupo étnico-social pierden la característica de una "causa" que puede ser defendida por todos.

³ Cf. IRINEU DA LIÃO. *Contra as heresias*. São Paulo: Paulus, 1997, V, 6,1.

El universal “tanto más promueve y exprime la unidad del género humano, cuanto mejor respecta las particularidades de las diversas culturas” (GS 54). La universalidad crece con la proximidad, que es "cognitiva" en su memoria, "sensitiva" en su mirada y en su escucha, y "emocional" en su compasión. Universalidad y proximidad estructuran los paradigmas de la enculturación y de la liberación. La meta de la enculturación es la liberación, y ésta, a su vez, necesita de la enculturación. El paradigma de la liberación visa a la no-exclusión, por tanto a la participación de todos, a la universalidad de la justicia, de la solidaridad y del amor. Los esfuerzos por la liberación ganan profundidad con su arraigamiento contextual. La universalidad del horizonte de las causas del Reino puede ser entendida como alternativa a los grandes discursos y proyectos que emergen de la globalización económica (competición, lucro-beneficio, consumismo), como articulación de múltiples proyectos de vida, que une la responsabilidad universal, por el conjunto de la humanidad y del planeta Tierra. El anuncio y la práctica universal del amor mayor y el anuncio del Reino como "liberación del cautiverio de la corrupción" (Rm 8,21; LG 9), por ser antisistémico, es para todos.

3.2. Unidad en la diversidad

El Vaticano II permitió, a través de nuevos tópicos como “Iglesia local”, “contextualización”, “inserción” (enculturación), “diálogo”, repensar muchos presupuestos de la universalidad de la Iglesia. La unidad de la misión es una unidad en la diversidad del Espíritu Santo. Las múltiples respuestas de las culturas no son un accidente de trayecto, pero deben ser positivamente interpretadas como participación en la creación del mundo. Y, en ese mundo, pueblos e individuos defienden su identidad siempre en contraste con la alteridad. De ese contraste nace el imperativo de la pluralidad en unidad. Esa unidad no es la de la metafísica u ontología del género humano, mas la unidad construida a través de la razón, de la verdad, del sentido último presentes en múltiples proyectos de vida que se manifiestan en múltiples voces. La vida es generada no en el encuentro consigo mismo, sino en el encuentro con los otros.

El pluralismo cultural tiene sus desdoblamientos en el pluralismo religioso. El reconocimiento explícito de la libertad religiosa por el Vaticano II, a través de la Declaración *Dignitatis humanae*, es uno de los presupuestos de la misión. En la mayoría de las Iglesias y entre una mayoría de los fieles, hay un consenso de que la alteridad religiosa es irreducible. Y esa alteridad llama al diálogo interreligioso. El diálogo, como instrumento de comprensión, respecto y convivencia pacífica, en el interior de un pluralismo cualquiera, tiene “siempre un carácter de testimonio, dentro del máximo respeto por la persona y por la identidad del interlocutor” (Puebla 1114).

El pluralismo y el diálogo como instrumentos transdisciplinarios de comunicación tienen un horizonte universal, atrayente y responsable delante de los no-participantes del respectivo diálogo. Todos deben participar de las discusiones de las grandes causas de la humanidad (justicia, igualdad, solidaridad y paz). La unidad es el centro de la universalidad. Construir la unidad significa derribar “muros de la separación” (cf. Ef 2,14). “Anunciar la Buena Nueva a los pobres” significa derrumbar uno de los muchos muros de separación que la sociedad permitió construir no solo entre países, sino también en el interior de cada Estado y persona. Al contar la parábola del buen samaritano (Lc 10,25ss), respondiendo a la pregunta sobre lo que se debe hacer para obtener la vida eterna, Jesús propone demoler no solo el muro étnico entre samaritanos y judíos, entre mestizos y judíos puros, el muro clerical entre sacerdotes y laicos, sino también el muro entre secta marginalizada y religión oficial, entre justos y pecadores, entre discurso y praxis, entre verdad y amor. Seguir la “falsa” religión de los samaritanos no impide, según la parábola, hacer la verdad delante de Dios. Lo cierto y

decisivo para la vida eterna no es la pertenencia al grupo cierto, sino se llama práctica de la justicia mayor y de la caridad, articulación de la diversidad no-excluyente y superación de diferencias exclusivas.

Derribar muros, marcados por la “corrupción del pecado”, significa recuperar la imagen de Dios en los rostros humanos y la comunicación libre entre iguales y diferentes. En ese proceso que relega la orden de la redención a la orden de la creación, Jesús histórico y pos-pascual se coloca al lado de la samaritana, del emigrante, del leproso, del pobre, de la otra y del pecador. Él construye unidad a partir de la ascensión y de la articulación de la humanidad mutilada en sus contextos y en los confines de sus mundos. Delante de las “apariencias sufridoras de Cristo” en las apariencias de la humanidad en “situación de extrema pobreza” (*Puebla* 31ss), donde el despojamiento de la encarnación y redención asume su relevancia histórica y salvadora, caen todos los muros. Es bueno recordar; Jesús no ha sido piedrero. No construyó muros. Él fue carpintero, hizo puertas y ventanas.

El Vaticano II nos habla de una manera nueva de la pertenencia a la “católica unidad del pueblo de Dios”: “A ella pertenecen o son ordenados de modos diversos sea los fieles católicos, sea los otros creyentes en Cristo, sea, en fin, todos los hombres en general, llamados a la salvación por la gracia de Dios” (LG 13d). La misión colabora con tareas específicas en esos tres niveles. *Ad intra* trabaja la identidad de la fe y la pertenencia de los fieles católicos a la Iglesia Católica. El trabajo *ad intra* se desdobra en la práctica de su responsabilidad *ad extra*, que no lleva a la integración corporativista de los otros en la Iglesia Católica, sino a la partición de los dones que cada uno ha recibido para el servicio de los otros (cf. LG 13c) y de la construcción de la paz universal. El pluralismo religioso es expresión de la “católica unidad del pueblo de Dios”, que es unidad en el Espíritu Santo. Él es el “principio de unidad” (LG 13a). La Iglesia Católica hace parte de la “católica unidad”, mas no es idéntica a ella. También los otros creyentes en Cristo y la humanidad pertenecen a esa “católica unidad”. La justicia de la resurrección no es privilegio de una u otra denominación cristiana. Por la voluntad salvadora universal de Dios “debemos admitir que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que se asociaren, de modo conocido por Dios, a este misterio pascual” (GS 22). La alteridad no es complementar a la identidad, sino su condición de ser.

La unidad definitiva entre los cristianos y la humanidad como un todo debe ser vista en un horizonte escatológico. “Quién apuesta en una unificación de las religiones como resultado del diálogo interreligioso, solo podrá decepcionar-se. Esa unificación difícilmente se realizará dentro del nuestro tiempo histórico. Tal vez no sea ni deseable”⁴, escribió el entonces cardenal Ratzinger algunos años atrás. Lo que era ayer considerado “idolatría”, “herejía”, “fetichismo” o “perfidia”, hoy, en el interior de la Iglesia Católica, es cortejado como religión con “llamaradas de aquella verdad que ilumina a todos los hombres” (NA 2b). En otros textos del Vaticano II, las religiones no cristianas son consideradas una “preparación evangélica” (LG 16, cf. EN 53), “pedagogía para Dios” (AG 3a) o “semillas del Verbo” (AG 11b, LG 17). Los tópicos de la preparación del Evangelio en las culturas no cristianas y de la procedencia en esas de todo lo que es bonito, bueno y verdadero del Espíritu Santo es lugar común en la tradición católica (cf. AG 15; 17; GS 22,5; 26,4; 38; 41,1; 57,4). Transitorias son no las religiones no cristianas, sino nuestra comprensión de esas. “La ortodoxia”, afirmó la

⁴ RATZINGER, Joseph Cardinal, *Der Dialog der Religionen und das jüdisch-christliche Verhältnis*. Primera vez publicado en: *Internationale Katholische Zeitschrift Communio* 26 (1997) 419-429. También en: IDEM, *Die Vielfalt der Religionen und der Einen Bund*, 3. ed., Bad Tölz: Urfeld, 2003, p. 117.

Comisión Teológica Internacional aún en 1972, “no es un consentimiento a un sistema, sino la participación de una caminata de la fe”.⁵ Cuando nos asalta la voluntad de arrancar toda cizaña de la historia, el Evangelio nos recuerda el horizonte escatológico de la cosecha (cf. Mt 13,24-30).

3.3. Gratuidad

En el mundo competitivo y excluyente, donde todo vale solamente por su precio de mercado, la misión está vinculada a la derrota del reino de la necesidad (“costo-beneficio”) y a la recuperación de un espacio y proyecto alternativos de no-mercado y gratuidad. La comunidad misionera confía en la atracción de su testimonio gratuito. Su “marketing” dispensa propaganda y armas. Los espacios de gratuidad inherentes al cristianismo son espacios de resistencia delante de espacios hechos territorios de lucro. El lucro particulariza y privatiza. El mercado no es para todos.

En Aparecida, la Iglesia se autodenominó “casa de los pobres” (DA 8, 524). Su espacio es alternativo, está configurado por la gratuidad de la cruz de Jesús de Nazaret y de la experiencia pascual de sus discípulos. Esa gratuidad de la cruz no es el prefacio de la historia de liberación y emancipación, mas su eje permanente: “el amor de donación plena, como solución para el conflicto, debe ser el eje cultural `radical` de una nueva sociedad” (DA 543). “En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” (DA 31). La Iglesia “casa de los pobres” es una Iglesia pobre. De los pobres recibe el don de la gratuidad y la proximidad del Espíritu Santo, que es “padre de los pobres” (*Secuencia de Pentecostés*) y “protagonista de la misión” (RM 21b).

En los trámites de la justicia, la Iglesia no es jueza entre las partes, mas “abogada de la justicia de los pobres” (DA 395, 533). Ella es parcial. Defiende una parte del proceso. Esa es la su misión pneumatológica, ser “consoladora”, “intercesora” y “abogada”: introducir y representar el “Espíritu de la Verdad” (Jo 14,17) que ven del Padre y da testimonio delante del “padre de la mentira”, que perturba la orden social. El Espíritu Santo es Espíritu de la Verdad, no por causa de una doctrina cierta, una ley perfecta o una moral superior, sino porque en Él acontece la verdad en la generación de la vida: en la práctica del nuevo mandamiento y de la justicia mayor en favor de los pobres.

Desde el Vaticano II, la Iglesia Católica tejió un hilo conductor para su acción misionera, que esclarece la dimensión más profunda de su “naturaleza misionera”: la opción preferencial por los pobres. Esa opción es preferencial, porque debe “atravesar a todas nuestras estructuras y prioridades pastorales” (DA 396). La “naturaleza misionera” tiene su origen en la “Misión de Dios”, que es misión del Verbo encarnado, “que se vació a sí mismo y asumió la condición de siervo” (Fl 2,7), y del Espíritu Santo, enviados a los pobres: “Todo aquel que tenga relación con Cristo tiene relación con los pobres, y todo lo que está relacionado con los pobres clama por Jesucristo” (DA 393). En el Espíritu Santo, el hijo del carpintero fue confirmado “Hijo bienamado”, por ocasión de su bautismo en el Jordán. Por Él fue conducido “al desierto, para prepararse para su misión” (cf. Mc 1,12s; DA 149). En Él fue ungido Mesías “para evangelizar a los pobres” (Lc 4,18). Después de su resurrección, Jesús envió a sus discípulos para

⁵ Cf. L'unité de la foi et le pluralisme théologique, l.c., Preposición IV.

predicar, en la fuerza del Espíritu, la Buena Noticia del Reino (cf. DA 276). Todo envió en misión acontece en el Espíritu Santo.

Hace 40 años que el Papa Pablo VI, que procuró transformar los documentos del Vaticano II en realidad pastoral, declaró en la apertura de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín:

la Iglesia se encuentra hoy delante de la vocación de la Pobreza de Cristo. (...) La indigencia de la Iglesia, con la decorosa simplicidad de sus formas, es un testimonio de fidelidad evangélica; es condición, algunas veces imprescindible, para dar crédito a la propia misión; (...) representa un ejercicio, que aumenta la fuerza de la misión del apóstol.

La estructura de esa Iglesia de los pobres es Trinitaria. Esa, que es “Pueblo de Dios”, “Cuerpo del Señor” y “Templo del Espíritu Santo” (LG 17), nace y renace en las comunidades por el impulso del Espíritu Santo y “se edifica como Iglesia de Dios, cuando coloca en el centro de sus preocupaciones no a sí misma, mas al Reino que esa anuncia como liberación de todos” (DGAE/1995, n. 64). En la memoria eucarística, la comunidad cristiana hace memoria de la gratuidad de su salvación y actualiza, en la memoria del lavatorio de los pies, las razones de su servicio, que se pone en una lógica que subvierte las relaciones de dominación (cf. Mc 10,42ss). Agradecer en la conciencia de la liberación recibida como dádiva y servir en el cumplimiento del nuevo orden (“¡entre vosotros sea diferente!”) son dimensiones estructurantes de su misión. El don no dispensa el propio esfuerzo y nuestros esfuerzos no dispensan la gracia: “La vida es presente gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar (...)” (DA 464).

La gratuidad impulsa necesariamente a la simplicidad institucional. Solo estructuras leves permiten pensar en gratuidad. Estructuras pesadas son muy caras. Una Iglesia en camino es una Iglesia simple y transparente. El caminar en el Espíritu es un caminar desarmado y despojado. Conversión y transformación auténticas tornan las personas más simples. Y la simplicidad representa, también, una respuesta a la complejidad cada vez más especializada del mundo. “¿Cuando os envié sin bolsa, sin mochila y sin calzado, os ha faltado por ventura, alguna cosa?” (Lc 22,35).

La gratuidad, microestructuralmente vivida en la contramano del sistema capitalista, apunta hacia la posibilidad de un mundo para todos, y también para desconexiones sistémicas, mudanzas de mentalidad y estructuras eclesiales. El Espíritu Santo, que es don y que da vida; vive en el Verbo encarnado, en la Palabra cumplida en la cruz y en la resurrección. Él, que es la vida del Verbo, vive también en la Palabra de Dios cumplida en la fidelidad a su misión, en la partición de lo poco que tenemos y en las causas del Reino que defendemos.

3.4. Razones de nuestra esperanza

Los discursos dominantes hoy afirman que no hay alternativa al capitalismo, que las utopías no tienen más sentido y que la historia llegó a su punto final. Son discursos de auto-salvación y desespero dirigidos contra los pobres. Generan pesimismo y depresión. La esperanza nace cuando las víctimas comienzan a hablar, actuar, organizarse por propia cuenta; cuando los discípulos-misioneros se hacen presentes en medio al pueblo, rechazan el propio protagonismo y ceden a las ventajas de su clase

social, acompañan los procesos de organización, ayudan a expulsar el sentimiento de la incapacidad y se empeñan en transformar los deseos alienantes, que esperan todo de la providencia de Dios o de las promesas de los políticos, en esperanza histórica.

La esperanza es un mensaje central de la fe bíblica (cf. SpS 2). El mensaje del Reino y de la resurrección de Jesús, que es promesa de la justicia definitiva, es promesa a ser cumplida en la resurrección de los muertos, cuando “todos revivirán en Cristo” (1Cor 15,22). Creemos en el resucitado y anunciamos su Reino en el horizonte de la plenitud escatológica de “un cielo nuevo y una nueva tierra” (Ap 21,1). El Dios-conozco es siempre el Dios que camina frente a nosotros y a nuestro encuentro. Él es el futuro absoluto para la humanidad. La esperanza, que es la fuerza interior de la fe, permite confiar en el Dios siempre mayor y en el futuro prometido por Él. Por la esperanza somos capaces de comprender el incógnito de Dios, no como ausencia o abandono, sino como su condición de ser y como centro del mundo, en los rostros de los emigrantes y refugiados, de los desapegados y de los que viven en la calle de las grandes ciudades, de los agricultores e indígenas sin tierra y de los afro-descendientes que luchan por su reconocimiento en sociedades racistas (cf. DA 58, 65, 72, 88ss, 402, 427, 439, 454). El grito de esa gente nos recuerda diariamente de la presencia de Dios y de la injusticia humana, que domina el mundo como un cáncer maligno. Dios oye el grito de su pueblo. Él no solo presencié el sufrimiento del pueblo, sino que también participó en él. Él está en el grito de su pueblo. Dios es el grito de los pobres. Dios no sufre más por nosotros, pero tiene compasión de nosotros. Y nosotros podemos exponernos al sufrimiento de los otros, porque en ellos experimentamos la compasión de Dios.

Reconocer a Dios como sujeto y autor de la historia y de la misión, alivia el peso de la misionariedad, sin eximir de responsabilidad. Él es el Buen Pastor de los discípulos-misioneros. Por tanto, debemos pedir a Dios no eso o aquello, más bien el don que es Él mismo. Pedir a Dios significa pedir oídos abiertos, manos extendidas, una vida que se dona, y una voz profética que no se cala.

Dios, que oye el grito de los pobres, que está en el centro de los conflictos, nos envía en misión. Al envío precede la convocación al éxodo. Él nos llama a salir de la esclavitud. Esa esclavitud se desdobra en múltiples formas de servidumbre y sumisión. En el origen de cada servidumbre está el secuestro de la memoria de los pobres. La experiencia del éxodo y la recuperación de la memoria son fundamentales para el anuncio misionero. La misión que se propone ser y anunciar “Buena Nueva” a los pobres intenta, necesariamente, desintegrar-se del sistema que produce el sufrimiento de los pobres, procura desintegrar el sistema y, positivamente, recuperar la memoria de los oprimidos. Dios, que invita al éxodo, también pone fin al exilio. Zacarías (“El Señor es memoria”), el profeta pos-exilio, promete libertar a “los cautivos de la esperanza (...) de la cisterna donde no hay agua” (Zc 9,11s). Los cautivos de la esperanza serán arena en las entrañas del sistema basado en la exclusión, exploración y en los privilegios de pocos (cf. DA 62).

Quién sale de su tierra, como Abrahán, o de la tierra de los otros, donde fue esclavizado, como Moisés, no sabe para donde va. En última instancia, la esperanza es confianza en Dios, es utopía, lugar inexistente, promesa absoluta. Una primera salida está en la salida, en el éxodo. La misión vive y propone ese éxodo en dirección de un mundo nuevo que acogemos en la metáfora del Reino de Dios. La esperanza nos da las

razones y la fuerza para decidir entre el presente, acomodado y sufrido, y el éxodo para un futuro imprevisible y arriesgado. Vivir en la esperanza tiene sus peligros y riesgos.

La ruptura sistémica no depende de la Iglesia, mas es factible con ella. Sus gestos significativos – señales de justicia y imágenes de esperanza – atraviesan a todos sus sectores (formación, teología, catequesis, ministerios, liturgias, pastorales), y articulaciones con sectores que ultrapasan el ámbito eclesial. La Iglesia, a través de sus agentes, está presente en los diversos movimientos sociales que acreditan en la posibilidad de un otro mundo. Su misión es “despertar esperanza en medio de las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no tendrá para nadie” (DA 395).

Precisamos, nuevamente, bajar al suelo del pueblo pobre y herido, para formar liderazgos en su medio y en sus luchas, donde “el propio Cristo se hace peregrino y camina resucitado” (DA 259). El resucitado es el crucificado. La cruz no pertenece a la prehistoria de las luchas por la liberación. Pertenece a su historia permanente. Y en esa historia definimos etapas, prioridades y metas de un “otro mundo posible”. Alimentar la esperanza de los pobres exige presencia, visión e intervención de discípulos-misioneros como actores sociales. El apóstol nos exhorta a “estar siempre listos, a dar la razón de nuestra esperanza, (...) con mansedumbre y respeto” (cf. Pd 3,15s). Todavía, no somos nosotros los que producimos lo nuevo, mas éste no será jugado a nuestros pies sin nuestra participación. Tampoco podemos pronosticar el mundo nuevo que esperamos. Asumimos con los pobres, que son mensajeros de la esperanza, la pobreza de nuestro saber con respecto de la forma concreta del futuro esperado. En todo caso, sabemos que las transformaciones, que inspiran la esperanza, comienzan con la **participación** de los pobres-otros en la construcción de dicho mundo y de la Iglesia, con la **redistribución** de los haberes acumulados por pocos, con el **reconocimiento** del diferente y con la **gratuidad** vivida por la comunidad misionera.

La Iglesia de América Latina y del Caribe tiene delante tres alternativas:

1. Amedrentada, enterrar los muchos talentos que ha recibido (Mt 25,14ss);
2. Insertarse en el sistema capitalista y proponer pequeñas memorias; o
3. Intervenir con señales de justicia en el mundo injusto y lanzar las semillas del Reino. La Iglesia de Aparecida asumió esa intervención y ruptura como servicio a los pobres. Prometió no ser solo abogada de los pobres, sino su casa. Como casa de los pobres, la Iglesia será casa de esperanza.